



Cada país debe crear, mantener y
acrecentar el valor intelectual, moral
y físico de sus generaciones activas,
preparar el camino a las generaciones
venideras y sostener a las generacio.
nes eliminadas de la vida productiva.

Este es el sentido del

SEGURO SOCIAL:

una economía auténtica y racional
de los recursos y valores humanos.

SHERWIN-WILLIAMS

PINTURAS

LA MEJOR CALIDAD EN EL MUNDO



**SU CASA MERECE
LO MEJOR . . .**

SWP

de SHERWIN-WILLIAMS

PINTURA PREPARADA

La Pintura Preparada SWP de Sherwin-Williams es famosa en el mundo por su superior calidad. ¡Realmente una pintura en que se puede tener completa confianza! Al pintar su casa insista en que se use SWP para obtener el máximo grado de protección y belleza.



MARTINZ S.A.

AROELECTRICA, S. A.

**AGENCIAS, MATERIALES Y
SERVICIOS ELECTRICOS**

Cable: "AROELECTRICA"

Avenida Cuba, No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
Panamá, R. P.

Avenida
Justo Arosemena
y Calle 12
Tel. 1088-L
Colón, R. P.

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación Mensual Dirigida por Rogelio Sinán

Año I — Octubre de 1946 — Número 10

ERNESTO J. CASTILLERO R.

L E Y E N D A E H I S T O R I A

BIBLIOTECA SELECTA
PANAMA
1 9 4 6

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436_L

Panamá, R. de Panamá

**PRECIO DE SUSCRIPCION
B/1.50 AL AÑO**

En el próximo número publicaremos

Viernes Santo Bautista

por

JUAN O. DIAZ L.

**Suscríbase a la
BIBLIOTECA SELECTA**

ERNESTO J. CASTILLERO R.



Nació en Ocú, Provincia de Herrera, el 28 de junio de 1889. De edad de 13 años, pasada la guerra civil de principios de este siglo, se vino a Panamá a estudiar y desde entonces se vinculó estrechamente a la Capital, donde ha vivido, con algunas intermitencias, el resto de su vida.

En el Instituto Nacional adquirió su título de Maestro de primera enseñanza

que hizo el “Nido de Aguilas”, en 1913.

Comenzó su carrera pública como Maestro. Luego fue Director de Escuela, enseñando en Antón, Guararé y Las Tablas; ascendió a Inspector de Educación en Penonomé y la Capital; después fue Profesor de Historia en varios colegios; en 1936 fue nombrado Inspector General de Enseñanza y, por último, Director de la Biblioteca Nacional, correspondiéndole fundar y organizar este centro de estudios. Pertenece a varias Academias americanas de Historia y a otras Sociedades culturales. Ha sido condecorado con la Gran Cruz de Vasco Núñez de Balboa y distintos gobiernos y Sociedades extranjeras le han otorgado igualmente otras condecoraciones e insignias. Ha viajado por toda la América estudiando sus múltiples facetas. Su especialidad es la historia y dentro de este ramo, la historia política del Istmo y la de la Comunicación Interoceánica. Sus escritos han versado especialmente sobre tales tópicos, comenzando a publicar después de los 40 años.

Refiriéndose a él, no hace poco, la REVISTA DE AMERICA lo ha llamado "el eminente historiador panameño" y agrega que el artículo suyo sobre LA COCOBOLA "es un auténtico capítulo de la historia de estas naciones". La Cocobola es una moneda cuya historia le sirve al profesor Castellero para narrar no pocos episodios de historia colombiana de hace sesenta años. La REVISTA DE AMERICA comenta de este modo la maestría con que han sido evocados los episodios: "Ciertamente es difícil narrarlos en la forma apasionante, sintética y ágil en que lo hace el señor Castellero R., quien, si para ello careciera de otros sobresalientes méritos, podría figurar, gracias a este artículo, entre los más hábiles investigadores contemporáneos de la historia continental".

BIBLIOGRAFIA

He aquí la lista de los principales libros editados hasta ahora por el Profesor Castellero:

* "Documentos Históricos sobre la Independencia del Istmo de Panamá", 1930. "El Ferrocarril de Panamá y su Historia", 1931. "El Obispo Lasso de la Vega, Prócer de la independencia americana" (opúsculo), 1933. "El Dr. Manuel Amador Guerrero, fundador de la República" (opúsculo), 1933. "La Causa Inmediata de la Emancipación de Panamá", 1933. "Breve Curso de Historia del Comercio", 1935. "El Profeta de Panamá y su gran traición", 1936. "Galería de Presidentes de Panamá", 1936. "En el Centenario de Bogotá". "Juicios históricos", (opúsculo) 1938. "Panamá, Breve historia de la República", 1939. "Historia de la Comunicación Interoceánica y de su influencia en la formación y en el desarrollo de la entidad nacional panameña" (Obra premiada en concurso), 1940. "La Universidad Interamericana", 1943.



El Penitente de la Otra Vida

(Leyenda de Semana Santa)

Por muchos años en los pueblos del interior ha corrido una infinidad de leyendas y consejas sobre aparecidos y fantásticos sucesos, producto de la imaginación popular, de la ignorancia, o de la superstición. Aparecimiento del *perro prieto* el día de Corpus; la *conversión en pescado* de la gente que se bañaba el viernes santo; la *mula enfrenada* que atravesaba el pueblo en las noches invernales; el *padre sin*

cabeza que salía por los oscuros callejones; la *procesión de ánimas* con luces encendidas en el lluvioso noviembre, y si era sorprendida por algún curioso, éste recibía una vela que en la mañana se convertía en una canilla de muerto; la *tulivieja* filicida que en las quebradas lloraba buscando a su hijita muerta; la *silampa* madrugadora; las *brujas* que chupaban el ombligo de las criaturas no bautizadas; los rubios *duendes* que atraían a los niños al monte ofreciéndoles confites; el hórrido *chivato*, que era encarnación del demonio, etc., etc. Un recuento completo de estas supersticiones sería largo de anotar. Casi todas eran comunes a todos los pueblos y lo peor era que se creían a pie juntillas por el público y cada quien contaba un suceso extraordinario de “abusiones” (1) ó fantasmas para reforzar la absurda creencia. Tantas supercherías eran transmitidas de generación en generación. Los muchachos las escuchábamos de los viejos y desde pequeños amoldábamos nuestra mentalidad a la estúpida tradición, conservando en nuestros pechos el miedo a los trasgos y aparecidos, infundido por los mayores.

Afortunadamente, la educación por un lado, y la luz eléctrica por el otro, han ahuyentado las atemorizadoras fantasmas de los pueblos, alumbrando las oscuras calles, moradas de espantos, ésta; y la mentalidad de las gentes, incrédula ya de tales mentiras, aquella.

(1)—Abusiones: Término antiguo, pero popular para designar los aparecidos.

Yo viví en la angustiosa época de los espantos y brujerías, que tenían sobrecogido mi ánimo de manera que de muchacho apenas si me atrevía a salir a la oscura calle de mi pueblo de noche, si no iba acompañado de otras personas, quizá tan poseídas del mismo miedo que yo. En tal situación espiritual se comprenderá con cuanta convicción creí yo mismo una de las leyendas más extraordinarias sobre la existencia del “*penitente de la otra vida*” que se aseguraba aparecía alguna vez el viernes santo como concurrente a la procesión, detrás del sepulcro.

Al referirme al penitente, no aludo a cualquiera de los numerosos devotos que cumplían mandas por algún milagro real o imaginario con que habían sido favorecidos. Porque en las procesiones del viernes santo los había de distintas clases: desde el sencillo hábito de tela de listado y la inofensiva corona de espinas —más aparente que efectiva en su martirio—, hasta las pesadas cruces, el andar de rodillas toda la procesión, los cilicios crueles y, sobre todo, el bárbaro *calvario* que requería para soportarlo una constitución vigorosa y una voluntad férrea, amén de una fe de fanático, única capaz de sostener el ánimo de aquellos cristianos en medio del dolor y el desfallecimiento que la penitencia infligía.

Los *calvarios* —como expliqué en otro artículo—, (2) eran unos artefactos extraños y pesados, formados de muchas crucesitas de madera superpuestas, que se llevaban sobre los hombros para atar a su borde los

* (2)—“La Semana Santa en mi pueblo”.

brazos del penitente. En esa posición permanecía éste horas enteras marchando muy despacio, en filas que a veces pasaban de treinta penitentes, detrás del sepulcro.

Abrumadora era esta penitencia y se necesitaba —como acabo de decir—, una energía física excepcional y un espíritu muy templado por el fanatismo para resistir el dolor y la fatiga de la lenta procesión bajo el peso del mortificante artefacto. Cada penitente acostumbraba hacerse acompañar de un cuidador que le atendía en caso de desmayo en el curso de la penosa marcha tras el sepulcro del Señor, cosa que acaecía a veces.

Volviendo al “penitente de la otra vida”, decíase que era un misterioso personaje que haciendo su aparición cuando la procesión del viernes santo estaba en marcha, acompañaba al sepulcro en el último lugar de la fila, no llevando asistente o cuidador que le pudiese socorrer en caso de accidente, y cuando el anda entraba a la iglesia, en lugar de hacerlo también como los demás para efectuar la ofrenda reglamentaria, se desviaba tomando el camino del cementerio, entre cuyas sombras se perdía tan misteriosamente como había aparecido. Los ancianos afirmaban que ese penitente era indiscutiblemente una ánima en pena de algún individuo que había muerto debiendo una manda, y a quien Dios le permitía volver a este mundo para que saldara su cuenta concurriendo a la procesión del viernes santo con su *calvario*, sin cuyo cumplimiento no tenía derecho a gozar del eterno descanso. Los campesinos creían ciegamente esta versión extravagante, y

para ellos no había preocupación mayor que la muerte les sorprendiese teniendo pendiente una manda de *calvario*, pues temían que mantuviesen sus almas ausentes de la gloria hasta que Dios les permitiese volver a la tierra a cumplir dicha manda.

Era yo mocito y con la temeridad que proporcionaba la edad en que se forjan y arremeten las más fantásticas aventuras juveniles, cuando me propuse, si la ocasión se me presentaba, descubrir el incógnito del “penitente de la otra vida” y desentrañar la verdad del personaje. Y la casualidad quiso favorecerme un año haciéndome ver con mis propios ojos al legendario personaje que deseaba tanto conocer.

Ardía el país por entonces en la guerra civil, larga y ruinoso para vidas y haciendas, que azotaba la patria. La semana santa aquella no había tenido la lucidez característica por la desconfianza de los campesinos de venir al pueblo, sospechosos de que pudiera haber alguno de los acostumbrados reclutamientos de hombres para el ejército. Sin embargo, unos pocos, menos desconfiados, se atrevieron a hacer acto de presencia en la procesión del viernes santo y el número de penitentes, aunque muy reducido en comparación con otros años, fue regular.

En marcha la procesión, un penitente solitario, como la tradición lo indicaba, se unió en último término a la fila de los *calvarios*. La noticia corrió entre la multitud y todos nos volvimos argos para vigilarlo. No cabía duda, era el “penitente de la otra vida”. Hasta esta noche, me dije, el enigma encubrirá al desconocido individuo que tenía asustadas a las gen-

tes del pueblo. Me asocié con unos amigos de la misma edad para perseguir al penitente hasta saber quién era. Varios señores por prudencia y unas cuantas mujeres por temor, sabedores de nuestro intento, trataron de hacernos disuadir de la empresa. Había que respetar el misterio.

Cuando la procesión comenzó a entrar en la iglesia, al filo de la media noche, llegó el momento deseado. Todos los penitentes fueron penetrando en el sagrado recinto, cuando el que era objeto de nuestra vigilancia se separó de la fila y rápido cuanto le permitía el peso de su gran *calvario* y el entumecimiento de sus miembros, tomó la dirección del cementerio. Las gentes que estaban aglomeradas alrededor de la iglesia le abrieron paso respetuosas y atemorizadas. Avanzó tambaleándose hacia las sombras del campo e inmediatamente su figura extraña se fue desdibujando en la oscuridad de la noche. De los que formábamos el grupo para seguirlo, pocos adelantaron unos pasos más allá del linde del pueblo, devolviéndose sobrecoídos de pavor. Dos o tres solamente nos fuimos hasta cerca de las tapias del panteón. Allí percibimos de nuevo la silueta del penitente al entrar por la puerta y le vimos perderse entre las sepulturas. Casi inmediatamente oímos un quejido seguido de murmullos quedos de voces que nos parecieron de ultratumba. No resistimos la tensión de nuestros nervios y arrancamos a huir en carrera desenfrenadamente hacia el pueblo, donde llegamos jadeantes y sin habla, con el susto, más grande que en nuestra vida habíamos cogido. Por supuesto que lejos de desvanecer, como pretendíamos, la creencia en el "penitente de la

otra vida”, con el desairado episodio de esa memorable noche lo que hicimos fue confirmarla.

Los años pasaron. Las semanas santas se sucedieron y el “penitente de la otra vida” no volvió a aparecer. Cada viernes santo las gentes le buscaron tras el anda del Señor muerto inútilmente, hasta que vino la prohibición de los *calvarios* y entonces sí no hubo más penitentes, ni vivos, ni muertos.

Un día, muchos años después de aquel incidente juvenil, conversaba yo con un viejo montañés que fue muy amigo de mis padres y a quien yo admiraba por la fama de su valentía desde los tiempos del renombrado “tamarindo”, que era el campo de combate al arma blanca de los valientes de mi pueblo, donde los espadachines se hacían de renombre nacional. La cara de mi interlocutor estaba llena de cicatrices y se decía que sus contendores guardaron de él más trágicos recuerdos, pues dos de ellos habían muerto bajo el filo de su espada toledana “de cruz”, en tanto que otros llevaron lisiaduras de mayor consideración que los machetazos cuyas huellas conservaba en su cuerpo y en su rostro. Para eludir la acción de la justicia por los homicidios perpetrados en sus contendores —a quienes había matado, sin embargo, en buena lid y cara cara—, había tenido que buscar refugio en lo más intrincado de las montañas de Quebro, donde permaneció muchos años, no saliendo al poblado sino cuando la pena había prescrito.

—“Sólo una vez, me contó, tuve que bajar al pueblo para una semana santa. Por cierto que unos muchachos me hicieron pasar un gran susto”.

—“Unos muchachos asustarlo a usted, le observé, a quien ningún hombre espada en mano le hizo dar un paso atrás”

—“Así es, me dijo. Usted verá. Yo tenía sobre mi conciencia una aflixión. Cuando tumbé al último de los valientes que se me puso por delante, huí muy lejos, a Quebro, donde la policía no puede encontrarlo a uno, pero tenía una deuda pendiente con el Señor, que no le había pagado. De la pelea anterior quedé muy mal herido, como usted puede ver por este machetazo que casi me lleva el ojo y otras ralladuras no menos feas, y al ver la aflixión de mi mujer quien creía que me moría, hice la promesa de pagar una manda de *calvario* en la semana santa si sanaba. El Señor me cogió la palabra y sané. Pero luego, antes de haber pagado la manda, vino lo del otro que desgracié y me fui a la montaña, como le he dicho, a escapar de las guardias que me echaron para cogerme. Allá estuve a salvo por varios años. Mas hubo uno en que no pude más con mi remordimiento y me dispuse a bajar al pueblo resuelto a todo, pero principalmente a tranquilizar mi conciencia. La deuda del Señor tenía que pagarla. Llegué al pueblo de noche trayendo un *calvario* y acompañado de mi mujer y un cuñado, y para no despertar sospecha

me metí en el panteón donde ellos me lo amarraron y me vine a la procesión solito porque temía que si uno de la familia venía conmigo, sería reconocido y apresado. Pagué la manda y me fuí como vine al panteón para quitarme el *calvario* y volverme a Quebro. Cuando dejé el pueblo, sentí unos muchachos que me seguían. Yo no podía hacer nada porque, como usted sabe, llevaba los brazos amarrados muy fuertemente en el *calvario* y estaba cansado. No me quedó otro recurso que apurar el paso como podía para llegar cuanto antes al panteón, maldiciendo, eso sí, a los demonios de muchachos que me seguían. Entré al cementerio apurado y tropecé en la oscuridad con una cruz y caí. Pegué un quejido y los míos me auxiliaron inmediatamente. Me sentí aliviado cuando observé que los muchachos habían salido corriendo para el pueblo. Nosotros nos fuimos cuanto antes para la montaña, no fuera que la ronda, avisada por los muchachos, viniera al panteón a ver qué pasaba”.

—“Ahora comprendo, le dije al viejo, cuál es el origen de los “penitentes de la otra vida” que algunas veces vienen a la procesión del viernes santo. Son personas que tienen cuentas con la justicia de Dios y de los hombres y deseando saldar las del primero, se esconden de los segundos buscando el amparo del cementerio a donde saben que nadie los va a buscar por el miedo que se les tiene a los muertos. Sepa usted que yo fui uno de los muchachos que le

persiguió aquella noche. Lo recuerdo; era para la guerra”.

—“Así es. Verdad que me hicieron ustedes pasar un susto muy grande!”

—“Pero no fue menor el que nos metió usted con su quejido, le dije. Todavía estaría corriendo si mi mamá no me ataja y me da valeriana para calmarme. Por Dios que hasta ahora no sabía qué pensar del “penitente de la otra vida”. Ya lo sé”.

Y así fue cómo descubrí, cuando menos lo esperaba, el misterio que me intrigaba y que tuvo asustadas por generaciones a las ingenuas gentes de mi pueblo.





Historia de la Extraña República de Tule

Hay entre los indios de San Blas, República de Panamá, frecuentes casos de albinismo. Los individuos afectados por esta degeneración orgánica, llamados “indios blancos”, presentan un aspecto completa-

(1) La palabra **Tule** en lengua caribe-cuna, que es la usada por los naturales de San Blas y parte del Darién de Panamá, significa **indio** y lo que se relaciona con él. Un individuo es un **tule** marchant y una mujer, **tule** ome; la lengua india es **tule** kaya; el vestido indio, **tule** mor. Los indios de San Blas son San Blas **tule**. Tomamos por esto el calificativo de **Tule** como genérico de lo indio. El Acta de emancipación de este pueblo se refiere frecuentemente a la “nación Tule”.

mente exótico en relación con sus congéneres de raza, que son de color cobrizo y ojos y pelo negros. Los “indios blancos”, en cambio, aunque con todas las características de sus hermanos raciales, se diferencian de éstos en que la piel es muy blanca y a veces pronunciadamente rosácea, el pelo blondo, tenuemente castaño en algunos y en otros rojizo, y el iris de los ojos que mantienen entornados durante el día para defender la pupila del resplandor solar, por lo regular es azul o violeta oscuro y extremadamente móvil.

Se ha expresado la teoría de que los “indios blancos” de San Blas son descendientes de antiguos escoceses que entre 1698 y 1700 establecieron en la costa istmeña del mar Caribe una colonia, suponiéndose que algunos colonos tuvieron ayuntamientos con las naturales, de cuyo contacto quedó el germen caucásico que se manifiesta ahora en los tales espécimen, los cuales por un capricho de la naturaleza aparecen con frecuencia entre las tribus indígenas de San Blas y del Darién. (Augusto Dziuk, geólogo alemán).

Tal teoría queda de hecho destruida si se considera que casi veinte años antes (1681) de llegar los escoceses al Istmo, Lionel Wafer, cirujano de la expedición pirática de Dampier, y quien atravesó el territorio de un océano al otro, dejó una descripción de esos “indios blancos” que, antaño como ogaño, atraen la curiosidad sobre las tribus Tules que habitan la región oriental del Istmo.

“Hay en aquel país —dice Wafer— ciertas personas que tienen una tez muy particular. No la he visto semejante en ninguna otra parte, ni aún he oí-



Indias de San Blas.



Isla del Archipiélago de San Blas.

do decir que la haya. Esto podrá parecer extraño, pero no hay corsario que haya estado en el Istmo que no lo pueda confirmar, a lo menos en lo esencial, aunque pocos hayan tenido ocasión de instruirse en esto tan bien como yo. Estos indios, de uno y otro sexo, son muy blancos, pero su número es tan pequeño comparado con el de los otros, que no hay tal vez sino uno por dos o trescientos de color cobrizo. Además, su blancura no es como la de los europeos, mezclada de encarnado, ni como la de nuestras gentes pálidas: es más bien de color de leche y se asemeja mucho a la de un caballo blanco. Su cutis se ve también todo cubierto, más o menos, de una especie de vello blanquecino que hace resaltar su brillo, pero no tan espeso, sobre todo en las mejillas y en la frente, que impide distinguirse bien la tez”.

Investigando el origen del fenómeno, asegura Wafer que se le dió una explicación —más romántica que positiva, sin duda—. Díjosele que la blancura de esos indios es debida a la imaginación viva de la madre, que mira mucho la luna en la época de la concepción. De allí que los albinos distingan las cosas muy bien a la pálida luz de la luna y casi nada de día, obligándoles el resplandor solar a arquear los párpados que adoptan la forma de una media luna por lo que, como por ver tan bien de noche, se les denominan “ojos de luna”. (2)

(2) “Viajes de Lionel Wafer al Istmo del Darién”. Versión de Vicente Restrepo. Bogotá, 1888.

Carece de fundamento, igualmente, la afirmación de Reclús de que la presencia de los albinos entre los indios de San Blas “da testimonio del paso frecuente y la larga permanencia de los piratas en el país de los Cunas”. “Colombia” por Eliseo Reclús, 1893.

Un gran jefe de tribu de San Blas, Simral Colman, de quien nos ocuparemos más adelante, suministró a Reginald Gordon Harris, director de un laboratorio biológico de la ciudad de Nueva York, quien lo interrogó, la siguiente versión sobre el origen de los “indios blancos” que aparecen entre los Cunas. “Hace mucho tiempo —díjole Colman—, toda la tierra estaba cubierta de agua. Este es el mismo diluvio en que Noé figura de manera prominente. Tan pronto como las aguas se retiraron, el cerro Tacarcuna, el pico más alto de la región, fue el primero en aparecer. Una bruma blanca se detuvo sobre dicho cerro, y al dispersarse descubrió un indio blanco, un doctor, de pie en la cima. Sobre otra montaña de la que el agua acababa de retirarse, se detuvo una bruma oscura, la que al dispersarse puso en descubierto a un doctor moreno. Asimismo en otros cerros o colinas se disiparon brumas de diferentes matices, dejando su impresión permanente sobre el doctor-hechicero sometido a su influencia. Por todo eran cuatro hechiceros de cuatro matices diferentes: blanco, rubio, moreno claro y moreno oscuro. Cuando las aguas descendieron aún más, los doctores descendieron de las montañas hasta que por último, en el valle el indio blanco encontró a una india morena a la cual tomó por mujer. De esta unión resultaron seiscientos hombres, todos blancos, y seiscientas mujeres, todas morenas. Estos a su vez se casaron unos con otras, con el resultado de que los indios blancos aparecen frecuentemente en la prole resultante, pero nunca más de tres o cuatro hijos blancos en una familia”. (LOS INDIOS

TULES DE SAN BLAS por Reginald Gordon Harris.
Panamá, 1926).

El Doctor Gordon Harris rechaza la teoría del cruce entre la raza indígena y la caucásica como lo expresó Dziuk, pues la aparición de los “indios blancos” entre los Cunas o Tules —dice—, es tan remota en las edades que de su origen se ha apoderado la mitología según se ve en la revelación del Cacique Colman. Acepta, en cambio, la doctrina del albinismo, pero dice que entre las tribus Tules se presenta tal fenómeno con una frecuencia extrema a tal punto que de ciento cincuenta individuos, uno es blanco, lo que da como resultado que los albinos son setenta y cinco veces más numerosos entre los indios de la región oriental de Panamá que lo que pudiera esperarse normalmente observando la proporción habitual de los demás pueblos.

Los “indios blancos” de San Blas han sido objeto de curiosidad de los viajeros de todas las épocas y muchos científicos han tenido interés en estudiar de cerca el excepcional fenómeno de su origen y de su frecuente aparición entre el pueblo Cuna.

En 1910 residía en Panamá, como miembro de la Legación norteamericana el señor Richard O. Marsh. Su posición era importante, pues llegó a ser por algún tiempo Encargado de Negocios de los Estados Unidos. Marsh es un hombre instruido profesionalmente. Estudió en el Instituto Tecnológico de Boston y se graduó de ingeniero en la Universidad de Lausana, Suiza. Ha recorrido algunos países de Centro y Sur América, como del Oriente incluyendo China y Mongolia. Con tales viajes se formó su espíri-

tu aventurero que alcanzó su más alta expresión en Panamá, al dejar la carrera diplomática para internarse en las selvas del Darién con el aparente motivo de estudiar el origen de los "indios blancos". Así se familiarizó con las tribus indígenas y se captó la amistad y confianza de los Caciques y Jefes de tribus, a quienes hizo instrumento de sus proditorios propósitos contra la República de Panamá, como vamos a ver.

El interés de Marsh por los "indios blancos", pretexto de sus incursiones en las zonas darienitas y sanblasina, que constituyen la principal reserva indígena de Panamá, nació según él mismo escribió, de manera casual al ver un día en Yaviza (Darién) "a tres muchachas indias muy blancas, con el cabello rubio como el oro, de la tribu Negroid". La rareza del caso fue el incentivo para repetir sus excursiones por la región, adquiriendo cada vez mayor amistad con los indios conforme demostraba más interés por los albinos. Y afirma que en el corazón de la selva vió en una de sus expediciones más de cuatrocientos "indios blancos", de los cuales logró llevar a los Estados Unidos algunos ejemplares para hacerlos estudiar por antropólogos, biólogos y genéticos. Supo así dar a sus móviles la apariencia de una preocupación científica, y con este proceder logró engañar a las autoridades que no desconfiaron de su trato íntimo con los indígenas.

Pero he aquí que en la mañana del 22 de febrero de 1925, domingo de carnaval, estalló en las islas que forman el Archipiélago de San Blas una suble-



*Escena en la isla de Porvenir, Cabecera
de la Intendencia.*



Marsh y el Ministro Americano Dr. South, con naturales de las islas a bordo del vapor de guerra "Cleveland".

vación de las tribus, cuidadosamente preparada por el fatídico Marsh.

Celebraron los sublevados, so pretexto de iniciar el carnaval, un baile, y en medio del enardecimiento de la danza y la embriaguez, se lanzaron con ferocidad salvaje sobre los agentes de la policía colonial panameña, a los que asesinaron con armas de fuego que los agresores guardaban ocultas. Murieron en esa primera arremetida, sólo en la isla de Tigre, ocho agentes.

El macabro espectáculo de Tigre fue repetido en Playón Chico, Río Sidra, Narganá, Tupile, Ticanti y donde quiera existía un representante del gobierno nacional pereciendo en tres días de orgía de sangre, según confesión del instigador Marsh, más de cuarenta personas, entre los que hubo veintidós agentes de policía y tres negociantes españoles que comerciaban con los indios. Atacaron igualmente los sublevados la isla de Porvenir, sede del Intendente de la región, en donde hicieron destrozos e incendiaron los edificios.

El caudillo de la sublevación fue el Cacique de Ali-gandí, Simral Colman, quien obraba por inspiración directa de Richard O. Marsh y estaba auxiliado, según se dijo, por agentes norteamericanos de quienes recibieron los indios armas y dinero para llevar a cabo la rebelión, sobre todo por una fanática misionera protestante que les instruía en su religión.

El propósito del levantamiento fue emancipar la vasta región de San Blas y el Darién de la soberanía panameña y constituir una nación independiente que denominaron REPUBLICA DE TULE. Y como es de rigor en tal caso, los amotinados lanzaron un Mani-

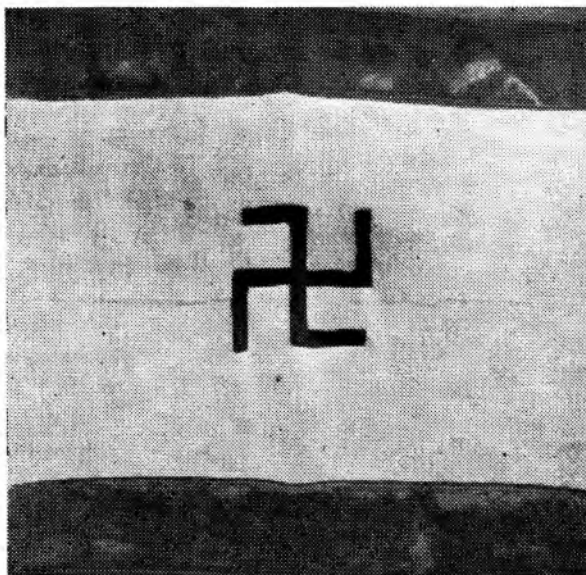
fieso confeccionado por Marsh, que dirigieron a los Presidentes de Panamá y los Estados Unidos y “a todos los gobiernos y pueblos del mundo”, que es al mismo tiempo que la historia incongruente del pueblo Cuna, una exposición doctrinal de su religión medio mitológica; la interpretación fantástica del origen de los “indios blancos”; el reproche contra las prácticas viciosas de la civilización y las violencias de las autoridades panameñas; la repulsión instintiva contra los negros explotadores de la industria del caucho y la declaración política de su independencia como *República de Tule*, la que por el aludido documento se ponía bajo el protectorado del Gobierno de los Estados Unidos.

Dicen los indios en su Manifiesto que ellos reconocen la existencia del Jardín del Paraíso y de Dios, a quien llaman *Aobaa*, y que hubo en épocas remotísimas un diluvio universal; (3) que socialmente son monogamos; que desconocían ciertas enfermedades secretas introducidas después por los congéneres que se pusieron en contacto con los blancos; que son más honrados y honestos que muchos pueblos con los cuales mantienen trato y que entre ellos prepondera una genuina democracia pues son gobernados por jefes escogidos en congresos populares, pudiendo considerar-

(3) Andagoya, Gobernador de Panamá en 1536, en su “*Relación*” observa que los indios del Darién conservaban reminiscencias del diluvio y del superviviente de la especie humana escapado en una canoa con su mujer e hijos. Dichos naturales darienitas, como se ve, se consideran descendientes directos del bíblico Noé, cuya barca fondeó en el pico de las sierras panameñas.



*Cacique Simral Colman, jefe de la sublevación
de los Cunas.*



*Bandera de la República de Tule,
descrita en la página 34.*

se aquellos como “Presidentes electos de por vida” sometidos siempre a la censura de la asamblea general de los ciudadanos. Hacen el elogio de la exótica vestimenta de sus mujeres y añoran la antigua prosperidad de la nación Tule antes de que Vasco Núñez de Balboa los sometiera a la dominación española, cuando el número de indios habitantes de la comarca era de un millón y medio, según ellos, siendo entonces un pueblo pacífico y trabajador, artista y progresivo, con el cual acabaron los conquistadores hispanos. “Nuestras leyendas —expresa textualmente el documento— enseñaban que en una época remota individuos de raza blanca se habían mezclado con gentes de nuestras tribus. Tan era así que en casi todas nuestras familias nacían niños blancos. Nuestro gran Dios *Aobaa* era blanco, según se dice. En nuestra mitología, después del diluvio universal, una mujer y un hombre blancos, una mujer y un hombre trigueños, una mujer y un hombre de color claro y una mujer y un hombre de color moreno oscuro, descendieron de las nubes y se posaron en la cresta del Monte Tacarcuna y poblaron el mundo. Esta es la única explicación de los diferentes colores de la piel de nuestros habitantes. *Aobba* era blanco y de aquí que nosotros tengamos a la gente blanca como a la favorita de Dios.

“Nosotros recibimos a los primeros españoles que nos visitaron como a hombres buenos lo mismo que *Aobaa*. Sus barcos, sus armaduras, sus cañones, sus caballos, sus rostros blancos nos hicieron tomarlos como a seres superiores. Los recibimos con placer. A Balboa le dimos la bella hija de uno de nuestros jefes en calidad de esposa. Fuimos nosotros quienes con-

dujimos a Balboa y a sus compañeros a través de nuestros caminos del Atlántico al Pacífico. En nuestro orgullo y candidez llegamos hasta enlistar a nuestros poderosos visitantes en nuestras luchas contra nuestros enemigos locales. Pronto comprendimos nuestro error. Los españoles demostraron una insaciable sed de oro y pusieron en práctica los medios más reprobables para adquirirlo. Primero despejaron a los cadáveres de los enemigos que conquistábamos de las joyas y adornos de oro, saqueaban y quemaban sus aldeas y violaban sus mujeres y niñas. Después, con varios pretextos, se lanzaban contra nosotros sus amigos. Miles de nuestros camaradas fueron muertos tan sólo por el deseo incontenible de oro, y nuestras chozas fueron destruidas y violadas nuestras mujeres.

“Fué así como cambiamos la opinión que teníamos formada de los españoles y los consideramos no como hombres-dioses, sino como hombres diabólicos. Olvidamos nuestras rencillas locales ante la amenaza del enemigo común. Unimos nuestras fuerzas y en 3 años de reñida lucha lanzamos al odioso invasor de nuestras tierras. En nuestro furor ante el recuerdo de nuestra gente asesinada y deseosos de destruir todo germen de la raza española, dimos muerte a nuestra sangre. En nuestra desesperación e ignorancia, llegamos hasta volvernos contra nuestra propia gente de color blanco y les dimos muerte o los lanzamos fuera de nuestro territorio. Pero la sangre blanca se había infiltrado tanto en nuestra raza que continuamente nacían hijos blancos de padres de piel tostada. Durante largo tiempo sacrificamos a estos niños pues era muy profunda nuestra aversión por la

gente de piel blanca, hasta que en los últimos años comprendimos nuestro error y hoy les permitimos vivir entre nosotros, pero no contraer matrimonio”...

Descienden ellos —afirman— del gran pueblo Maya, según informe de un profesor de antropología de la Smithsonian Institution de Washington, etc. Por todo lo cual, “en adelante la nación Tule será y por la presente declaramos, libre e independiente de la República de Panamá” (Artículo 1º del Manifiesto o Acta).

Por el Artículo 2º fijaron los límites del nuevo Estado.

Por el Artículo 3º reconocían las concesiones mineras adquiridas de buena fe por las Compañías extranjeras del Gobierno de Panamá.

Por el 4º se ponía la nueva República bajo el protectorado de los Estados Unidos.

Por el 5º abrían la Comarca de San Blas al comercio internacional.

Por el 6º, en fin, disponían el establecimiento de un moderno sistema de escuelas que garantizara la libertad de cultos y los usos y costumbres que estén en conformidad con el Derecho internacional reconocido.

El Manifiesto que, como se ve, tiene los caracteres de una Acta de emancipación, fue firmado el 12 de febrero de 1925, “Año 5.825 después de la vieja emigración de la Raza Tule del hogar ancestral de Tullán”. Lo firmaron *Sakla Tomale*, Cacique Supremo de Tule; *Colman*, Cacique de Aligandí; *Nele*, Cacique de Portogrande; ocho caciques más de distintas tribus, cinco Sub-Caciques y cuarenta y cinco representantes

de pueblos concurrentes al gran Congreso de Tule que adoptó tan importante determinación.

Diez días después de redactado y traducido al inglés y al español el Manifiesto, estalló la sangrienta rebelión y fueron sacrificados bárbaramente, como atrás dijimos, en varias islas del Archipiélago de San Blas, veintidós policías coloniales panameños.

La bandera de la nueva República, previamente confeccionada, consistía en dos franjas horizontales rojas, y una amarilla en medio, con una cruz swástica negra en el centro. Bandera y cruz fueron imaginadas por Marsh, recordando tal vez con aquella el pabellón hispano y con ésta el milenario símbolo usado por los indios Mayas, de quienes se dicen los Cunas ser descendientes directos.

Cuando las autoridades de Panamá tuvieron conocimiento de los trágicos sucesos de San Blas, organizaron una expedición punitiva dirigida por el propio Secretario de Gobierno y Justicia Dr. Carlos L. López, contra los sublevados. Las autoridades militares de la Zona del Canal despacharon simultaneamente hacia el Archipiélago belicoso el crucero de guerra *Cleveland*, llevando a bordo al Ministro de los Estados Unidos Dr. John Glover South, para ofrecer protección a los conacionales que estuviesen en peligro en las islas, y al Secretario de Relaciones Exteriores de Panamá Dr. Horacio F. Alfaro, quien iba como asesor del Secretario de Gobierno y Justicia.

Hubo parlamento entre los representantes del Gobierno de Panamá y los jefes sublevados y mediante un entendimiento y la promesa de los primeros de respetar los usos y costumbres de los naturales, no vio-

lentarlos para que concurran sus hijos a las escuelas oficiales, cambiarles las autoridades administrativas de la Intendencia y la policía colonial, etc., firmaron el 4 de marzo una acta de sumisión.

La *República de Tule* había tenido escasos veinte días de existencia, pasando a la historia como el más efímero de los Estados independientes de nuestro hemisferio.

El aventurero Richard O. Marsh quien en el fondo de este drama tenía como objetivo real, no la felicidad de los indios panameños ni el interés científico hacia los extraños especímenes blancos del pueblo Cuna, sino el ambicioso anhelo de apoderarse de la riqueza florestal de la región darienita y el tesoro de sus minas —dícese que en el subsuelo hay abundante petróleo—, vió desvanecerse sus ilusiones estigmatizadas con la roja mancha de la sangre inocente derramada en el fatídico carnaval de 1925. Bajo la protección del representante diplomático de los Estados Unidos pudo, sin embargo, escapar del merecido castigo a que sus crímenes le hacían acreedor. A bordo del *Cleveland* abandonó el campo de su trágica hazaña y regresó a su país.

Impotente el Gobierno de Panamá para castigarlo como merecía, se conformó con declararlo expulsado del territorio nacional y prohibirle en lo futuro su entrada al país. Caballero de industria, conformóse Marsh con pasar a la historia como un aventurero audaz, sin importarle las lágrimas que vertieron las madres, esposas e hijos de las víctimas que fueron sacrificadas en holocausto a su ambición personal. El sometimiento de los indios Cunas a la República de Pa-

namá, fue sincero, pues no han dado posteriormente molestias al Gobierno y la pacificación general del Archipiélago se operó en término relativamente corto. Hoy las escuelas y centros de cultura se multiplican en las islas satisfactoriamente y las misiones católicas, atendidas por competente personal de apostólicos miembros del clero, como por religiosas que mantienen un importante colegio misional, van ampliando el campo de su influencia e incorporando al pueblo Cuna a la civilización.





Lola Montes También Vino al Istmo

A Panamá le está reservado el privilegio de ser como el balcón del mundo. Quien resida en ella goza del señalado placer de contemplar el panorama humano del universo, porque siendo el Istmo el punto crucial de las rutas terrestres, aéreas y oceánicas, indefectiblemente desfilan por aquí los personajes más connotados de los pueblos de la tierra.

Muy limitados han sido en la época colonial los descubridores y conquistadores que no hayan tocado



LOLA MONTES

Era bellísima, como lo prueba este retrato. No es extraño, pues, que los hombres perdieran fácilmente la cabeza por ella y un rey viera rodar su corona. Además, danzaba como sólo sabían hacerlo las grandes bailarinas.

de paso en nuestro suelo. Desde Cristóbal Colón, descubridor del Nuevo Mundo, hasta el Adelantado Vasco Núñez de Balboa que vió primero el Océano Pacífico. Desde Francisco Pizarro, vencedor del poderoso Inca peruano, hasta Hernando de Soto, explorador de la Florida y Gobernador de Puerto Rico. Desde Fernández de Oviedo, Cronista de las Indias, hasta Bernal Díaz, historiador la Nueva España; Garcilaso de la Vega, Inca, autor de los *Comentarios Reales* del Perú y Alonso de Ercilla, militar y poeta, autor de "*La Araucana*", que vivió en Taboga.

Aquí estuvieron tres santos de la Iglesia católica: Santo Toribio Mogrovejo, segundo Arzobispo del Perú, San Luis Beltrán, S. J., que predicó en la vieja Panamá con gran cosecha de almas, y la Santa Madre Cabrini, que a fines del último siglo enseñó en un colegio local.

Haciendo un somero recuento de las personalidades más destacadas en el campo de la política, la guerra, las finanzas, las letras, las artes y la aventura que han arribado a nuestras playas en tiempos modernos, se ve que pocos son en realidad los que no hayamos conocido personalmente. Aquí vinieron Enma, reina de las Islas Sandwiches; Guillermo II, Emperador de Alemania, cuando era Kromprinz; los monarcas del Imperio Británico Eduardo VIII y Jorge VI siendo Príncipe de Gales y Duque de York respectivamente; e Hiro Hito, Mikado del Japón, por dos ocasiones antes de ser consagrado como Hijo del Sol. Estuvieron asimismo Fernando de Borbón, Infante de España; Lloyd George y Venizelos, Premieres de Inglaterra y Grecia; la trágica francesa Sarah Berhardt —para inaugurar

el teatro de esta ciudad que llevó su nombre—; María Guerrero, reina hispana de la escena; las celebradas bailarinas Anna Pawlova, La Argentina, Tórtola Valencia y Pastora Imperio; las clásicas recitadoras Berta Singeman y Dalia Iñiguez; el mago del violín Brindis de Sala y el “virtuoso” Jasha Heifetz; el famoso humorista Mark Twain, norteamericano, y los leídos escritores Pierre Loti, francés; Juan Montalvo, ecuatoriano; Rufino Guervo y Julio Flórez, colombianos; Rafael Ma. Merchán, el apóstol José Martí y Fray Candil, cubanos; Franco Rodríguez Blasco Ibáñez, Eduardo Marquina, Gregorio Martínez Sierra, Jacinto Benavente y Francisco Villaespesa, españoles; George Bernard Shaw, inglés; José Santos Chocano, peruano; Rubén Darío, nicaragüense; el sabio matemático Alberto Einstein; el renombrado astrónomo P. Luis Rodes, S. J., el Cardenal Benlloch, de España, a quien el Papa Benedicto XV calificó de “Tribuno del Pontificado” y el Ilmo. Caro Rodríguez, primer Cardenal de Chile.

Visitáronnos los legendarios guerreros José Antonio Páez, llamado “El León de Apure”, de Venezuela; José Ma. Córdova, héroe de Ayacucho, de Colombia; Juan José Flores, “Fundador de la República del Ecuador” y su primer Presidente; Ulises Grant, vencedor en la guerra de secesión de los Estados Unidos y luego su Presidente; Francisco Morazán, caudillo centroamericano; Antonio Maceo, libertador de Cuba; Charles Ma. Mangin, Mariscal de Francia; John J. Pershing, Generalísimo norteamericano en la primera guerra mundial; José Miaja, defensor de Madrid; el Almirante Richard E. Bird, descubridor de la “Peque-

ña América” en el polo antártico; Dwight D. Eisenhower, Comandante Supremo de las fuerzas aliadas en Europa, Douglas Mac Arthur, conquistador del Japón y James Doolittle, jefe de la primera patrulla aérea que bombardeó a Tokio.

Nos dieron a conocer el difícil arte del toreo los ases Belmonte y “El Gallo” y dejó su firma en los registros del Hotel Central, como recuerdo de su paso, el aventurero Boló Pashá, espía internacional, fusilado en Francia.

Presidentes de países americanos, son muchos los que aquí conocimos. En el siglo pasado vinieron Benito Juárez, de México; Tomás Guardia, de Costa Rica; Mosquera y Núñez, de Colombia, etc. Y en la presente centuria, no hace mucho nos visitaron mandatarios de Colombia, Costa Rica, Ecuador, Venezuela, Perú, Bolivia, Chile y Paraguay, y hasta un Presidente español, Diego Martínez Barrio, cuyo gobierno en exilio tiene su sede en México. De los Estados Unidos nos han visitado Teodoro Roosevelt, William H. Taft, Warren Harding, Herbert Hoover y Franklin D. Roosevelt— por dos ocasiones el último— y no ha mucho la esposa de éste, señora Eleonora Roosevelt.

Por aquí pasaron los renombrados naturalistas y exploradores Sinforoso Mutis, granadino; Charles Darwin, inglés; el barón de Humboldt, alemán; y los conocidos geógrafos Jorge Juan y Antonio de Ulloa, españoles; Carlos Ma. La Condamine, Armando Reclús y Napoleón Bonaparte Wyse, franceses; Manuella Sáenz, llamada *La Libertadora del Libertador*, cuyo abuelo fue panameño; el fantástico Búffalo Bill

(Capitán William F. Cody), la lectura de cuyas extraordinarias hazañas ha sido la entretención de la juventud; Charles Lindbergh, llamado “El Aguila Solitaria”, que cruzó el primero sin paradas el Océano Atlántico en un atrevido vuelo de América a Europa; el Conde de Lesseps, constructor del Canal de Suez y desafortunado iniciador del Canal de Panamá y el Coronel George W. Goethals, quien tuvo la ventura de terminar éste, etc., etc.

Pero entre tantos transeúntes de nuestro Istmo, geniales unos, poderosos otros, sabios muchos y pintorescos no pocos, atrae particularmente nuestra atención la bailarina y aventurera *Lola Montés*, de celebridad universal, quien logró enfocar hacia su graciosa persona por algún tiempo el interés del mundo entero.

De dorados y abundantes cabellos, de grandes ojos azules que iluminaban su rostro ligeramente ovalado, de una blancura nacarina; de labios carnosos y rojos como cerezas maduras que denunciaban su voluptuosidad; de cuello delgado y alabastrino como todo su cuerpo; de senos redondos y graciosamente elevados y de talle de curvas incitantes, como la describen los cronistas, danzaba en los escenarios europeos con ritmos seductores despertando admiración y apetitos sensuales en el numeroso público de aristócratas y plebeyos que concurría al teatro a admirarla y a aplaudirla. Su celebridad se acentuó cuando se enredó en una aventura amorosa con el anciano Luis I, monarca del reino alemán de Baviera, quien la hizo su combleza por algún tiempo y perdió el cetro por su culpa.

Hija de un oficial irlandés y una bellísima española, Lola Montés —que se decía nacida en Sevilla y tenía por verdadero nombre María Dolores Elisa Gilbert— heredó de su madre el salero y hermosura de la raza hispana. Pequeña aún, sus padres la llevaron a la India, donde murió a poco su progenitor. La madre se volvió a casar con un acaudalado oficial escocés, y vuelta la familia a Inglaterra, se esmeró aquella en darle a la hija una esmerada educación. A la edad de diecisiete años Lola, en la aurora de su espléndida belleza, se inició en la carrera de la aventura fugándose con un oficial inglés, con quien se casó, y retornando a la India volvió a disfrutar de la pompa oriental, pero el apuesto marido la abandonó por otra mujer. Regresó entonces a Londres Lola, y dió comienzo a su profesión de bailarina, ataviada con una mantilla, unas castañuelas y un nombre españoles.

Actuó con éxito en los teatros de la capital británica donde llamó la atención por su belleza y la picardía espiritual que la animaba. De allí realizó un recorrido por Varsovia, París, Bruselas, San Petersburgo y Munich, solicitada por príncipes, literatos y artistas que sucumbieron los encantos de la exótica bailarina. Así su tálamo fue compartido por el célebre músico Franz Listz, por el leído novelista Alejandro Dumas, por el Príncipe de Reus y, por último, por el romántico sexagenario Rey de Baviera, Luis I quien seducido por la encantadora personalidad de la española seducido por la encantadora personalidad de la española el Palacio Real de Munich.

Lola Montés fue para el monarca alemán una amiga y una guía en los negocios del Estado. Por su

consejo el Rey entró en una senda de reformas liberales de su gobierno y de revisión de métodos arcaicos de educación, que si bien tendían a beneficiar al pueblo, provocaron una tenaz y ruda oposición entre los elementos conservadores. Hubo crisis en el Gabinete Real. Luis recompensó la cooperación de su querida elevándola a la nobleza bávara, pues le confirió los títulos de Condesa de Landsfeld y Baronesa de Rosenthal. Europa celebró el triunfo de la aventurera.

Pero la Universidad se opuso tenazmente a las reformas y sus estudiantes, azuzados por los reaccionarios, organizaron protestas contra la Montés, actitud que no pudieron apaciguar las drásticas medidas del gobierno, quien clausuró el centro de estudios. El pueblo respaldó a los estudiantes. No solamente celebraron éstos tumultuarias manifestaciones callejeras, sino que asaltaron el Palacio con que la munificencia real la había obsequiado. El viejo Rey, asustado, cedió a la demanda de los rebeldes y con el corazón lacerado por los desengaños, autorizó el destierro de Lola Montés, de Baviera. Medio año más tarde, el monarca fue destronado y expulsado igualmente del país.

La artista se vino entonces a América. Contagiada con la fiebre del oro. California la atraía como la luz a las mariposillas noctilabulas. Era en el año de 1852. Nueva York, Nueva Orleans, Panamá, fueron las primeras etapas de su vagamundaje por este continente. De aquí dirigió sus pasos al Oeste de los Estados Unidos. En San Francisco se casó por tercera vez.

La presencia en el Istmo de tan renombrada mujer no podía pesar desapercibida para la prensa pana-

meña. Ella se encargó de llamar sobre sí la atención de ésta. El principal periódico, *The Star and Herald*, registró la noticia de su llegada a Cruces en los siguientes términos:

“Ocasionalmente algunos pasajeros distinguidos pasan hacia arriba o hacia abajo sobre las olas de picardía y rufianismo que nos invaden periódicamente a través de Cruces. Un día llegó también Lola Montés en el pleno cenit de su perversa fama, camino de California, ataviada con un extraño vestido. Era una mujer bien parecida, sugestiva por sus modales, con fogosos y malignos ojos y una pose resuelta. Llevaba ostentosamente una indumentaria masculina; la pechera de la blanca camisa ricamente bordada y el cuello volteado sobre el saco de terciopelo. Cubría la bella cabeza con un sombrero negro. Usaba pantalones a la francesa y calzaba brillantes botas con espuelas de plata. En la mano portaba un látigo de amazona, del cual no se separaba ni en las calles de Cruces, ni en las avenidas de las ciudades europeas.

“Sucedio que en Cruces un americano impertinente y presumido, quizá no sin razón dada la reputación conocida de la forastera, le tiró jocosamente del extremo del largo saco. Airada y rápida, Lola Montés dió inmediatamente una dura lección de cortesía al atrevido desconocido: cruzó su rostro de un latigazo que le cortó la mejilla dejándole una marca por algún tiempo. El tumulto fue grande. La Montés se desentendió de los resultados de su brusca acción. Al día siguiente atravesó el Istmo y luego embarcó en Panamá, rumbo a California. Una muy distinta notoriedad dejó como recuerdo aquí”.

Después de pasar una temporada de desenfrenadas andanzas en el Oeste, la inquieta Lola se dirigió a Australia, siempre prodigando su arte y su persona, escandalizando con sus liviandades, agresiva y pendera.

En 1861 regresó a Nueva York donde un torbellino de dolor y remordimiento —al decir de sus biógrafos— la llevó a renunciar a su manera de vivir y se entregó a actos de piedad. Había apurado hasta las heces la copa del placer y ninguna nueva alegría era ya capaz de retrotraer la espiritualidad disipada en largos años de desenfreno. En su lecho de muerte, a la edad de cuarenta y tres años, arrepentida de su pasado, dejó escapar de sus labios mustios las siguientes palabras:

“Ahora todo está maravillosamente cambiado en mi corazón. Lo que antes amé, hoy lo aborrezco...”

Y desapareció la bella bailarina del escenario de la vida, pero viviendo inmortal en el libro de los recuerdos.

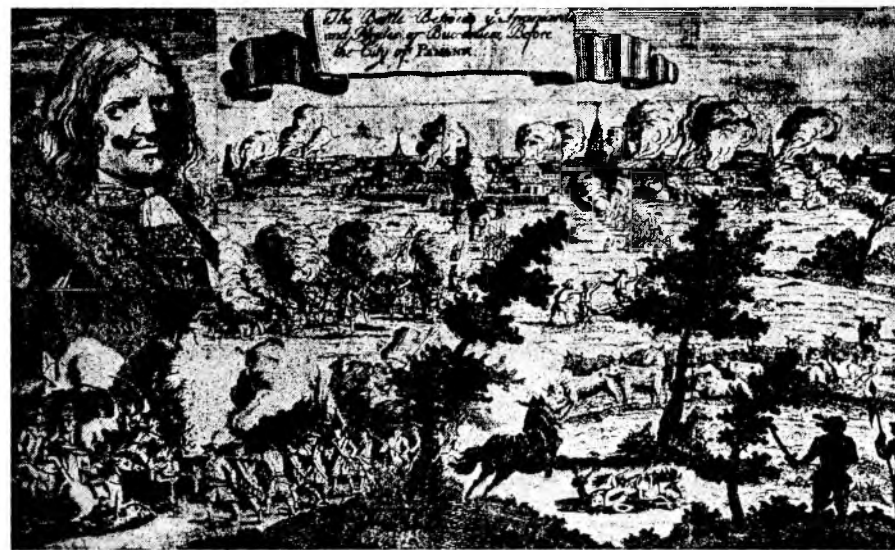




EN... FRENTE DEL LEON ESTA

(Visiones de Panamá La Vieja)

Cuando cuatro decenios hace, visité yo por primera vez las ruinas de la metrópoli colonial llamada PANAMA LA VIEJA, me sentí embargado de profundo recogimiento. Me parecía mentira que estuviera viendo con mis propios ojos el vetusto torreón de la vieja Catedral, y bajo el influjo de la emoción más intensa, me imaginé entonces que percibía por entre las breñas que todo lo cubrían, el rostro de los agueridos conquistadores de este vasto nuevo mundo. Fi-



Batalla de Matasnillo, dada por Morgan y con la cual tomó a Panamá.

gurábame que tras el tronco de irreverentes árboles que arraigaban con osadía en los medio derrumbados paredones de lo que en otra época fue templo, casa real o fortaleza, veía aparecer la faz curtida y fiera de alguno de los satélites de Morgan que quedase por allí buscando los perdidos tesoros que la leyenda nos detalla extraídos de las inagotables minas del lejano Perú.

¡Cuántas evocaciones hizo mi espíritu en aquel campo, en tiempos pretéritos centro comercial activo donde la riqueza parecía cosa de fábulas o fantasmagorías de narradores exagerados! Ahora la centenaria ciudad estaba abandonada y sola, sin otro síntoma de vida que las aves que anidaban en el follaje verde y las alimañas merodeadoras entre los cantos graníticos amontonados con restos de la argamasa averaguada y dura.

Los recuerdos que evoqué allí...

No era ducho por esa época en achaques de historia y mis conocimientos de la horrorosa tragedia colonial que dió muerte a aquella "Reina del Pacífico", los había adquirido a través de la tradición familiar.

Mi madre, en los remotos años de mi infancia me había narrado episodios espeluznantes del furioso combate entre los piratas ingleses y los hijosdalgo españoles de la colonia. Alguno de los viejos abuelos que pudo ser actor de estos epopéyicos incidentes, durante las veladas pueblerinas de la aldea perdida en las montañas donde la prudencia le aconsejó sentar los raigambres de la casa solariega, entretendría alguna vez los atentos oídos de amigos y familiares con el re-

lato de aquella furiosa acometida de la piratería al mando del fiero y cruel Henry Morgan, relatos que de generación en generación, a través de los siglos, vinieron a mi conocimiento.

Claramente se representaba a mi mente, ante las ruinas venerandas, la original batalla de los toros bravíos y al atribulado Gobernador Dn. Juan Pérez de Guzmán ordenando la estrategia del combate inminente con los foragidos sedientos de destrucción y ansiosos de riquezas. Sentía la angustia del mujerío que buscaba refugio en los templos donde el Prelado y los religiosos, muertos de miedo, no lograban infundir a las débiles y atribuladas feligresas la fortaleza espiritual que ellos mismos no alcanzaban tener.

Hombres de guerra enardecidos por el próximo peligro y resueltos a vender caras sus vidas y el honor de sus esposas e hijas, pero ignorantes de la verdadera triste situación de todos; esclavos que huían a los montes espantados o en fuga libertadora aprovechándose del desconcierto general.

La total tragedia de aquella ciudad, la reproducía clara mi mente ante sus ruinas majestuosas y en medio de tantas visiones, la imagen del impertérrito jefe de los bucaneros, el fiero Henry Morgan, altivo, enérgico, arrogante y decidido, sublime en su gesto jactancioso, que recordé entonces, de enviar al Gobernador de Panamá, desde Portobelo, tres años antes, su pistola que en esta ocasión vino a recuperar, disponiendo el ataque decisivo y fatal.

Las riquezas fueron escondidas por los precavidos españoles con anticipación en los montes. Los

numerosos pozos de la ciudad deglutieron por su brocal, joyas sin número; los árboles recibieron a su pie, malamente removida la tierra, barras de plata y oro pesadas y brillantes, que representaban fortunas; los adoquines de los patios, de los templos, de la plaza, donde la angustia de la amenaza hizo creer que la codicia de los foragidos no buscaría los entierros, fueron desplazados para colocar debajo riquezas fantásticas.

Ví imaginativamente entrar al jefe de los piratas ingleses rodeado de su plana mayor, los cortantes sables teñidos en sangre. Sus huestes enardecidas y victoriosas cubrieron todas las calles de la floreciente ciudad, la más rica del Nuevo Mundo, como la estimaba un historiador contemporáneo.

Saciados los brutales apetitos de la lujuria en las inocentes y trémulas doncellas hispanas con ofensa al respeto humano, el pillaje comenzó con loco afán.

Estalló el incendio, prendidas las casas por los hispanos en holocausto sublime a su heroica debilidad que no pudo evitar tanto dolor a la ciudad rendida. Morgan mismo impartió órdenes para contenerlo. El fuego venía a hacer desaparecer las riquezas codiciadas y a estorbar el saqueo, el sueño dorado de su existencia azarosa.

¿Para qué exponer la vida en mil combates; para qué padecer tanto en pugna con los hombres, con el mar, con las tempestades, con la miseria y con las pasiones ruines de sus compañeros de aventuras, si cuando el premio estaba al alcance de su mano, el fuego voraz lo iba a hacer desaparecer todo?

La ciudad, pajiza en su mayor parte, como pavesa

fue ya consumiéndose en las llamas. En las calles, donde no se habían levantado edificios de piedra, por todo vestigio de habitación no quedaron sino tizones humeantes.

Los paredones de los templos se mantuvieron, sin embargo, en pie en un gesto de muerta energía. Las Casas Reales fueron víctimas de la piqueta bucanera, en la idea de hallar entre sus piedras escondrijos simulados con depósitos de tesoros.

Cuando los piratas consumaron su obra devastadora; cuando ya consideraron que nada de lo que quedaba entre los humeantes escombros merecía la pena de ser robado, desaparecieron Morgan y sus secuaces, camino de Cruces, conduciendo 175 mulas cargadas con el botín de la ciudad en ruinas. Marchó en busca de sus naves para llevar a otras urbes de América el mismo dolor, el mismo rastro de destrucción, la misma deshonra e igual muerte afrentosa. Fue la venganza inglesa contra el Soberano español; era el celo del poderío anglosajón para con el glorioso imperio latino que desencadenaba el apocalíptico furor de la piratería contra las colonias hispanas.

Los años fueron pasando. Las autoridades coloniales de Tierra Firme, previa consulta con España, determinaron abandonar la ciudad ruinosa y hacer una plaza fuerte en lugar propicio para su futura defensa, junto a la base del Cerro Ancón.

Paulatinamente los habitantes de la desaparecida Panamá trasladaron al lugar escogido los hogares enlutados. De allí en adelante, sólo fueron visitados los abandonados solares de la vieja metrópoli por los tras-

humantes buscadores de fortuna, hombres desarrapados y miserables que pacientemente requisaban de entre los escombros alguna joya que por obra de la casualidad quedara preservada del fuego y de la rapiña inglesa. Fue una demolición lenta y triste de lo escaso que respetó el incendio.

Los pozos fueron buceados; el piso de casas y calles removidos; cada rincón escrupulosamente examinado. Y la leyenda cundió para ayudar a la obra destructora de los aventureros. Se dijo de individuos que habían hallado depósitos de piedras preciosas; otros, oro en barras; algunos, joyas de valor inapreciable. Estos rumores fueron acicate a la destrucción posterior.

Una caja de clavos extraída de un sótano y utilizada en unas construcciones de la nueva Panamá, resultó de oro del más fino quilate, se afirmó. No quedó clavo que no fuese inmediatamente examinado con cuidado escrupuloso.

Un testigo mudo, dice la tradición, contempló sin inmutar la severidad que se le quiso imprimir en su semblante plasmado para infundir respeto: era un león, símbolo del pueblo español, bellamente modelado en metal. Afianzaba sólidamente sus patas musculosas sobre una roca de granito, en un ángulo de la plaza frente de la Tesorería Real, cuyos escombros parecía que pretendiera cuidar vigilante. Nadie lo había tocado. En la labor de destrucción de las viejas arquitecturas para levantar las nuevas que habían de constituir la naciente ciudad de Panamá, se respetó aquel símbolo de la realeza hispana. Un letrado, al

parecer caprichoso, que entre su melena estampara el artífice, decía: EN...FRENTE DEL LEON ESTA, y las gentes agoreras, tomando aquello por un aviso intencionado, hicieron socavones en la plaza y en el edificio de la Tesorería en busca, quién sabe qué escondrijo misterioso de tesoro enigmáticamente revelados por la leyenda del felino de bronce.

Cierto día, —contábame mi madre, conocedora de muchas interesantes leyendas—, arribaron a la vieja y muerta ciudad dos individuos, atraídos por los relatos de enterramientos de tesoros en aquel sitio abandonado. Buscaron también con solicitud, inspirados por el intraducible aviso del león alentados por la esperanza de que la fortuna caprichosa les prohijsara y les favoreciese con un hallazgo inesperado.

Tras requisa minuciosa se convencieron de la inutilidad de su empeño. Lodo y escombros habían sido por milésima vez removidos por ellos durante aquella larga jornada de rudo trabajar. Al fin, uno de los dos, desesperado y listo para abandonar el campo de investigaciones con las últimas luces del crepúsculo, se acercó al león con una descomunal piedra en las manos. Le increpó como si le oyera: “*¡León embustero, para que no engañes a otros, te voy a hacer un chichón!*”, y con todas las fuerzas que pudo recoger le arrojó la piedra a la cabeza.

Al golpe rudo, la frente del león se abrió de pronto. Resortes invisibles y herrumbrosos se rompieron violentamente y apareció ante los ojos atónitos de los miserables buscadores de fortuna, un depósito de aureos doblones reservado sigilosamente allí, según parece, co-

mo arca segura para la Corona ibérica, por el Tesoro del Rey, que murió en la refriega contra Morgan llevando su secreto a la tumba.

La fortuna por uno de sus caprichos adoptó, en efecto, a aquellos dos pobretes como hijos suyos y les dió la felicidad terrena que tanto habían buscado hasta entonces en locas aventuras.

.....

Todas estas cosas recordé y medité cuando, joven todavía, mis ojos vieron por primera vez aquella histórica ciudad, la “Copa de Oro” de la América, reducida a ruinas en un triste y lejano día de enero de 1671.

Evocación de mi niñez... Recuerdos de mi madre ausente!....



Puente del Rey, en Panamá la Vieja.

BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. J. AROSEMENA**
por el Dr. J. D. Moscote
El Marqués de Lumbria
novela por Miguel de Unamuno.
- 2 PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO**
por el Dr. Octavio Méndez Pereira
La Institutriz
novela por Stefan Zweig
- 3 INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO**
por Enrique Ruíz Vernacci
y cuentos de Salomón Ponce Aguilera.
Darío Herrera y Ricardo Miró
- 4 “TODO UN CONFLICTO DE SANGRE”**
“A la Orilla de las Estatuas maduras”
dos cuentos de Rogelio Sinán
- 5 SIETE CUENTOS MEXICANOS**
Selección y Nota Preliminar
por Manuel Maples Arce.
- 6 EL CIEGO DEL BULABA**
Novela corta inédita
por Alfredo Cantón.
- 7 LA CERCA DE PIÑUELAS**
Novela corta inédita
por Julio B. Sosa.
- 8 PANAMA ES UNA TACITA DE ORO**
novela corta inédita
por Fito Aguilera
- 9 TRES CUENTOS**
por José María Sánchez B.

Concurso Literario

Gane 25 Balboas

La Farmacia Selecta, en gesto digno de loa, presta su apoyo decidido a nuestra empresa de difusión cultural patrocinando este CONCURSO DE CUENTOS al que concurrirán únicamente los alumnos de los Colegios de Segunda Enseñanza

El tema y la extensión de los cuentos quedan a voluntad de los concursantes.

Los trabajos (tres copias) deben enviarse a Biblioteca Selecta, Concurso Literario, Apartado 3181—Panamá—antes del 15 de Octubre, fecha en que se cierra el Concurso.

Los resultados se darán a conocer en el N° 11 de Biblioteca Selecta correspondiente al mes de Noviembre.

Habrà un premio único de VEINTICINCO BALBOAS y las menciones honoríficas que el jurado crea conveniente.

FARMACIA SOSA

Plaza Arango No. 1

TEL. 1984 • PANAMA

Sociedad Indostana de Panamá

CORTESIA

RADIO MIRAMAR

- Buenos programas
- Música selecta



S I N T O N I C E L A

630 kilociclos

Onda Corta

750 kilociclos

Onda Larga

Los cuentos publicados en Biblioteca Selecta serán
leídos a través de nuestros micrófonos de 10.15 a
10.30 p.m., todos los días, menos los domingos.

E L C O R T E I N G L E S

**SOBRIEDAD Y ELEGAN-
CIA SON LOS FACTO-
RES FUNDAMENTALES
DE NUESTROS VESTI-
DOS HECHOS CON MO-
DELAJE Y TECNICA A-
MERICANA**

**Nuestro variado surtido
sólo necesita una atención
de breves minutos para
complacer a los tempera-
mentos más exigentes.**

**PANAMA COLON
CURACAO—ARUBA**



Mueblería La Garantía

CALLE "T" No. 4

A La Villa de Caracas

IMPORTADORES DE MERCANCIAS
EN GENERAL

Visite nuestro departamento al por
mayor y encontrará los precios más
bajos de la plaza.

Calle 13 Este, No. 8—Teléfono 388—Apartado 118
Panamá, R. de P.

LECHE MARCA

'' **AMEGLIO** ''

HELADOS

'' **SUAVEL** ''

Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.

Calle Juan B. Sosa No. 5

. Tel. 2066

PANAMA, R. P.

Angelini

COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

Teléfonos 887—1687

Avenida Central 179

FARMACIA SELECTA

Magnifico surtido de medicinas de patente

PERFUMES
COSMETICOS
PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

EL BUEN VECINO, S.A.

(Carretera del Aeropuerto No. 60)

GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y
UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES

Gerente General: Raimundo Ortega Vieto

Teléfono 2732_J

Apartado: 572

SUSCRIBASE
a la
BIBLIOTECA
SELECTA
PRECIO B/1.50
AL AÑO
envíe su vale postal
al apartado 3181

MUEBLERIA
TUÑON
Ave. Central y Calle 31
(Edificio San Roque)
Muebles cómodos y
elegantes a precios
especiales
COMPRE SUS
MUEBLES
CON TIEMPO
Aproveche nuestros
precios especiales



IMPRESIONES — ALTO RELIEVE
PROCESO DE LITOGRAFIA
RAYADO — ENCUADERNACIONES
IMPRENTA DE LA ACADEMIA
Calle Juan B. Sosa, No. 8 Panamá, R. de P.

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad de la República se sostienen con el producto de LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES"

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados comprando únicamente billetes de la LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.

Precio de Suscripción
B. 1.50 al Año